

Timoteo

En la casa de Carapachay no solo compartíamos un pasillo y una puerta de chapa oxidada, sino también compartíamos cada suceso importante de nuestras vidas con nuestros dos vecinos de adelante. La Coca, que había quedado viuda a los treinta y los Gómez, que dios nunca los había bendecido con un heredero.

La Coca era la mamá del Tito, un chico de mi edad con el que jugábamos a la mamá y al papá y a todas las cosas inimaginables que se nos ocurrían en tiempos donde la tele era solo blanco y negro y los únicos juguetes eran los que a partir de muchas suplicas, rezos y promesas de portarnos bien nos traían los Reyes Magos.

Los Gómez eran gente muy educada, siempre dispuestos a ayudar a mis padres y sobre todo a la Coca que vivía al frente y se ponía nerviosa cada vez que escuchaba algún ruido raro.

Ella había quedado obsesionada cuando un ratero la sorprendió viniendo con el Tito en una mano y la bolsa de la feria en la otra. Esa vez el chorro solo le arrebató la billetera con unos pocos pesos sin mayores consecuencias, pero la obsesión de que el ladrón iba a volver la marcó para siempre.

Al solo grito de “Ricarrrrdoooo” el señor Gómez saltaba de la cama a cualquier hora de la madrugada con el trabuco que había heredado de su abuelo y salía al acecho del supuesto caco.

A los Gómez se los veía tristes, a mi y a Tito nos traban como sobrinos, o mejor dicho como a los hijos que no pudieron tener. No había día que Ricardo no nos trajera algún chocolatín o un par de caramelos “Media hora” que le daban con el vuelto cuando iba a comprar cigarrillos. Todo lo que el vecino nos traía lo compartíamos en partes iguales con mi amiguito. Pero yo

sabía que era su preferida ya que a escondidas me regalaba un paquete de figuritas de hadas llenas de brillantina.

Esa mañana la recuerdo como hoy, mamá me puso ese vestidito a lunares azules para, según me había explicado, ese día los Gómez recibirían a una visitadora social la cual escribiría un informe de las condiciones del hogar y alrededores donde caería Timoteo. Un chico que hasta ese momento y por varias semanas iba a ser simplemente un nombre, con el que jugábamos junto a Tito, como un amigo invisible que se acoplaba a nuestras aventuras.

No veíamos la hora que apareciera el famoso Timoteo. Lo imaginaba más grande que nosotros, rubio y con ojos celestes y con una voz de cantor de tango que nos endulzaría las tardes con alguna tierna melodía.

“Mañana lo traen” escuché que mamá le susurraba a papá después que me diera el besito de la buenas noches. No pude pegar un ojo imaginando el momento del arribo de Timoteo. Al día siguiente no salimos a jugar con el Tito como de costumbre, debíamos portarnos como dos angelitos, por las dudas que alguien le fuera con el chisme a la funcionaria y que por nuestra culpa llevaran a Timoteo a otro hogar.

Me fui a buscar mi sillita de comer y me subí para poder espiar por la mirilla de la puerta mientras mamá preparaba una pastaflora para poder festejar la llegada del nuevo vecinito.

Mi corazón dejó de latir cuando se abrió la puerta de chapa oxidada del frente y aparecieron los tres. Los Gómez con una espléndida sonrisa de oreja a oreja y en medio de ellos un niño pequeñito que según mis cálculos a la distancia con suerte me llegaba a la altura del hombro.

El pibe venía con un gorro de piel parecido a los que usaban los rusos del circo de Moscú, papá me había llevado al Luna Park para verlos el invierno anterior. No era un día para estar tan abrigado, el termómetro marcaba más de treinta. Los Gómez con su nuevo hijito corrieron por el

pasillo hasta su puerta, buscaron las llaves, abrieron nerviosos tratando de embocar la cerradura y cerraron como si estuvieran ocultando algo.

Le conté a mamá que ya habían traído a Timoteo, ella dejó de hacer lo que estaba haciendo y fue corriendo con la pastaflora que aún estaba calentita a darles la bienvenida. Yo la acompañé emocionada, mamá dio dos golpecitos suaves a la puerta. Ricardo abrió apenas dejando una hendidura donde solo se le podía ver su narizota y una parte de su ojo izquierdo. Se veía como un sospechoso de un atraco a un banco o como si hubieran secuestrado al niño que acababan de traer. Se disculpó diciéndonos que ahora no podía abrirnos, que estaban ocupados y que nos iban avisar cuando estuvieran más tranquilos.

Mamá quiso compensar esa tarde mi desilusión dejándome invitar al Tito a tomar la leche y a mirar a Piluso y Coquito. Era un buen plan sabiendo que tendríamos porciones de pastaflora para nosotros solos.

Los Gómez habían desaparecido por completo esas semanas, no se los escuchaba y mamá me prohibió ir a molestarlos. Ese verano fue uno de los veranos más calientes de mi corta vida. Los reyes me trajeron una piletita de lona, que yo no había pedido en mi cartita pero me daba igual. Papá la instaló en la vereda llenándola con la manguera que conectó en la canilla que tenemos en el medio del pasillo. Tito no tardó en aparecerse con sus chiches y empezamos a chapucear como locos. De pronto, y como caído del cielo aparecieron los Gómez junto a Timoteo con su torso desnudo, un calzoncillito blanco y una cofia igual a las que usan las señoras cuando se duchan.

Sin pedirnos permiso metieron a Timoteo en nuestra piletita y como hacen los niños desprejuiciados empezó a jugar con nosotros como si fuéramos amigos de toda la vida. Los papás adoptivos se quedaron parados observando nuestro juego, atentos que no le hiciéramos daño al pequeñín. Algunos vecinos se reían al vernos, otros nos miraban con cara de enojados,

y algunos pocos bajaban sus persianas, al parecer les molestaban nuestros inevitables gritos. Timoteo, también gritaba con un sonido agudo entrecortado que te perforaba los tímpanos, eran alaridos raros, como cacareos, no parecía un sonido humano, era como un chillido animal.

En medio de la juerga, Tito que estaba cada vez más entusiasmado salpicando a los cuatro puntos cardinales, le agarra la cofia a Timoteo y la revolea al medio del empedrado. Nunca supe si fue a propósito, o si fue sin querer, lo cierto fue que de inmediato los Gómez tomaron de las axilas a Timoteo, lo alzaron y se fueron corriendo hacia su departamento.

En medio del alboroto, me quedé confundida, no me quedaba claro lo que había visto sobre la cabecita de Timoteo. Desde donde se suponía que arrancaría su cabellera, nacía una protuberancia carnosa igual a la que tienen las gallinas o los gallos. Si trato de sintetizar, el pequeño tenía una cresta colorada que cruzaba su cráneo desde la nuca hasta un par de centímetros por encima del medio de sus cejas.

Me fui llorando a contarle lo que había visto a mamá, Tito también fue a contarle a la Coca, pero ella lo puso en penitencia sin explicación. Papá desarmó la piletita, la secó y la guardó en el ropero para siempre.

Esa noche, me despertó el grito desesperado de la Coca “Ricarrrrrdoooo”. Salté de la cama, papá también se sobresalto. Todos fuimos a socorrer a nuestra vecina de adelante. Ricardo ya había desenfundado el trabuco y el Tito estaba llorando como una Magdalena. Al parecer alguien habría arrojado algo a la ventana que da a su dormitorio. Ricardo, y papá salieron sigilosos y confirmaron que algún gracioso les había arrojado un huevo. A la mañana siguiente mamá, con el balde lleno de agua caliente y detergente ayudó a la Coca a limpiar la persiana. Nunca supimos quien había sido el mal vecino que cometió la salvajada a esas horas de la madrugada.

A la noche siguiente, a una hora parecida a la de la noche anterior, volvimos a escuchar el alarido de la Coca que clamaba por Ricardo. Al igual que la otra noche esta vez le habían estrellado sobre la persiana al menos tres huevos. De igual manera que el día anterior, mamá volvió a ayudar a la Coca a limpiar el frente. Yo juntaba los pedazos de cáscara blanca para poder determinar cuántos huevos le habían tirado y no podía entender quién era el turro que se tomaba el trabajo de despertarnos a los huevazos a esas horas de la noche.

Esa misma tarde papá decidió hacer una denuncia a la comisaría, no era posible tener una tercera noche sin poder conciliar un sueño como se debe. Esa noche la Coca, no gritó, y todos creímos que el desubicado de los huevos había desistido de seguir molestándonos.

A la mañana siguiente, mientras la Coca barría la vereda, se encontró con una pintada con alquitrán que atravesaba toda nuestra pared que decía “Fuera de este barrio al niño gallina”. Esa fue la gota que colmó el vaso, la intolerancia de aquel vecino cobarde motivó a los Gómez a planear su mudanza a otras tierras. Por suerte, en las sierras de Córdoba ellos tenían familia y ese fue el primer destino conocido.

Recuerdo el día que llegó el camión de mudanzas, el Tito y yo no dejábamos de llorar, Timoteo se había convertido en nuestro hermano de pasillo y lo amábamos. Su cresta era invisible a nuestros ojos. La tristeza nos colmaba el alma, más allá de saber que ya no tendríamos esos chokolatines, ni los caramelos “Media hora” por las tardes.

Cuando subieron todos los muebles al camión, yo le regalé mi álbum de figuritas con brillantina a Timoteo, era mi tesoro más preciado por esos tiempos. El Tito le regaló el balero que le habían traído los reyes y Timoteo lo abrazó con fuerza. Antes que el camión se pusiera en marcha el chiquilín corrió al segundo departamento, al rato volvió con su gorro de piel con dos

paquetitos de papel. Eran uno para cada uno, ambos estaban llenos de granos de maíz, eran su mejor golosina.